

# La política de seguridad de la nueva Administración norteamericana

Bill Clinton

*L*a concepción del presidente Clinton en materia de seguridad descansa en tres premisas básicas: la reestructuración militar, la difusión de la democracia y el restablecimiento del liderazgo económico norteamericano. Comoquiera que Bill Clinton percibe con claridad la unidad de las políticas interna y externa de Estados Unidos, la reforma económica doméstica será la clave de las decisiones internacionales; de esa forma, quedan descartadas tanto las tendencias aislacionistas como un relajamiento de las precauciones defensivas más allá de lo que exige el fin de la guerra fría.

\* \* \*

HA HECHO APROXIMADAMENTE MEDIO SIGLO, en el alba de la guerra fría: un tiempo de grandes cambios, enormes oportunidades e incertidumbre. En una época en la que los norteamericanos no querían cosa distinta de regresar a sus hogares y llevar una vida de paz y quietud, Estados Unidos debió reunir fuerzas para encarar un nuevo tipo de guerra, confrontando a una Unión Soviética hostil y expansionista. Había que encontrar la manera de reconstruir las economías de Europa y Asia y, a la vez, alentar un movimiento a nivel mundial en pro de la libertad y reivindicación de los principios democráticos para resistir la amenaza totalitaria.

Gracias al gran coraje y sacrificio del pueblo norteamericano pudimos ganar la guerra fría. Ahora que hemos entrado en una nueva era, necesitamos otra visión para enfrentar oportunidades y amenazas de distinta clase. Enfrentamos el mismo reto que aquel que se nos presentaba en 1946: construir un mundo seguro, libre, democrático, con libertad de mercados y crecimiento en una época de grandes cambios. Dados los problemas que enfrentamos en casa, debemos primero cuidar de nuestra gente y sus necesidades. Necesitamos recordar la principal lección del colapso del comunismo y de la Unión Soviética: jamás los derrotamos en el campo de batalla. La Unión Soviética se derrumbó de adentro hacia afuera por fallas económicas, políticas y espirituales.

Las políticas doméstica e internacional son inseparables en el mundo moderno. Si no somos fuertes en casa, no podremos liderar el mundo que

IV TRIMESTRE 1992

hemos luchado por crear. Si nos retiramos del mundo, nos veríamos afectados económicamente a nivel interno. No podemos aceptar el falso dilema entre política doméstica e internacional en detrimento de nuestro país y nuestra economía. El gobierno Bush dedicó su tiempo y sus fuerzas a asuntos foráneos e ignoró los problemas internos dejándonos sumidos en el más serio hundimiento económico desde la Segunda Guerra Mundial; como reacción a esto, elementos de ambos partidos quieren ahora que Norteamérica responda al colapso del comunismo y a la recesión interna retrayéndose del mundo.

No obstante, la administración Bush acertó en algunas cuestiones de política exterior, como fue el caso de la exitosa campaña para expulsar a Saddam Hussein de Kuwait. Pienso que se realizó un esfuerzo singular al reunir a la coalición victoriosa, conforme veo también con buenos ojos el proceso iniciado de conversaciones de paz en Oriente Medio. Coincidió igualmente con la apreciación según la cual no podemos volver la espalda a la OTAN, y apoyo la negociación del Tratado de Libre Comercio con México y Canadá. En cambio no rubrico el comportamiento de dicho gobierno de cara a otros problemas de política internacional. Por ejemplo, sus vínculos personales con algunos líderes contribuyó a forjar la coalición en contra de Saddam Hussein, pero también llevó a enfretamientos con China después del levantamiento democrático estudiantil. El presidente Bush forzó la salida de Irak de Kuwait, pero tan pronto como terminó la guerra pareció tan interesado en la estabilidad del área que olvidó a los kurdos. Buscó la paz en el Medio Oriente, pero el mismo deseo de llegar a un acuerdo lo llevó a tomar posiciones públicas a contrapelo de la habilidad de árabes e israelíes para acordar por sí mismos una paz duradera.

En el final de la guerra fría, cuando alborea una nueva era de extraordinario dinamismo, nuestro reto no es resistir el cambio sino moldearlo, lo cual supone la necesidad de definir las prioridades de Estados Unidos en materia de seguridad nacional. Retraerse del mundo o ignorar sus peligros es nocivo para el país y hace nugatorio todo aquello que los demócratas deseamos realizar. La defensa de la libertad y la promoción de la democracia en todo el mundo no son solamente un reflejo de nuestros más profundos valores; son cuestiones vitales para los intereses de nuestro país. La democracia a nivel global significa naciones en paz, abiertas a las ideas de las demás y al comercio.

Los riesgos son altos. El desplome del comunismo no es un hecho aislado sino que forma parte de una marcha mundial hacia la democracia, y su resultado contribuirá a moldear la próxima centuria. Si la libertad individual, el pluralismo político y la libre empresa afianzan sus raíces en América Latina, Europa Central y del Este, África, Asia y la antigua Unión Soviética, estaríamos frente a una gran nueva era de reducción de conflictos, de mutuo entendimiento y de crecimiento económico. Para nosotros mismos y para millones de personas que buscan vivir en libertad y prosperidad debe triunfar esta revolución.

Al tiempo que el sueño americano inspira a mucha gente en el mundo, Estados Unidos está en entredicho: somos un gigante militar que se halla perturbado por la debilidad económica y que encara un futuro incierto,

El país tiene en la actualidad dos grandes retos. Primero, es necesario definir una nueva política de seguridad nacional construida sobre la base de la victoria de la libertad en la guerra fría. El ideal comunista ha perdido su poder, pero el destino de quienes vivieron bajo ese régimen, como el destino del mundo, están en entredicho hasta que la democracia se levante de las ruinas de lo que fue el imperio soviético. Segundo, debemos forjar una nueva política económica que ayude a los norteamericanos y conlleve al mismo tiempo una era de crecimiento a nivel global. Es preciso derribar la barrera entre política doméstica e internacional.

Necesitamos una estrategia coherente que nos permita liderar el mundo que hemos luchado por construir y que sirva de apoyo para nuestros esfuerzos por cuidar de lo propio. No podemos hacer lo uno sin lo otro. Necesitamos una nueva convención para la seguridad norteamericana después de la guerra fría, que comprenda una serie de derechos y responsabilidades que reten tanto al pueblo norteamericano como a los líderes mundiales en general, y a nuestros aliados en particular, a trabajar juntos para construir un mundo más seguro, próspero y democrático.

La estrategia para el gran acuerdo que propongo está basada en cuatro supuestos claves en materia de seguridad en este nuevo período.

— Primero, la caída del comunismo no significa el final del riesgo. Existe una nueva serie de amenazas en un mundo aún menos estable que nos obliga a reestructurar nuestras defensas, a estar alerta.

— Segundo, Estados Unidos debe recuperar su fortaleza económica para mantener su posición de liderazgo mundial. Aunque el poder militar sigue siendo vital para nuestra seguridad, declina frente a la importancia del poderío económico. No podemos seguir gastando demasiado en fuerza militar y demasiado poco en fuerza intelectual.

Tercero, el poder de las ideas rige en la era de la información y la comunicación. La televisión, las grabaciones y el fax ayudaron a resquebrajar el Muro de Berlín y a derribarlo.

Finalmente, nuestra definición de seguridad debe incluir la atención de las grandes amenazas que se ciernen indiscriminadamente sobre todo el planeta. En temas como el medio ambiente y otras cuestiones globales, nuestra propia supervivencia depende del liderazgo que estemos dispuestos a asumir.

Guiados por estos supuestos, debemos perseguir tres objetivos muy claros: reestructurar nuestro poderío militar para una nueva era; trabajar conjuntamente con nuestros aliados para alentar la difusión y consolidación de la democracia; y restablecer el liderazgo económico de Norteamérica a nivel tanto interno como internacional.

### *Reestructuración de las fuerzas militares*

CUANDO LOS NORTEAMERICANOS ELIGEN UN PRESIDENTE eligen a un comandante en jefe. Quieren a alguien en quien confiar cuando los intereses de la nación se vean amenazados. Para mantener esos intereses y valores nos vemos obligados en ocasiones a levantarnos y luchar. Mi gobierno mantendrá la fuerza del ejército para defender nuestros intereses más vitales en caso de agresión.

El actual debate sobre defensa se centra de forma excesiva en lo referente al tamaño del presupuesto militar. Pero las preguntas reales son: ¿qué peligros enfrentamos? ¿Qué fuerza necesitamos para vencerlos? ¿Cómo debemos cambiar? Debemos y podemos reducir sustancialmente nuestras fuerzas militares y gastos relacionados, ya que la amenaza soviética está decreciendo y nuestros aliados son capaces de asumir por sí mismos el peso de su defensa. Sin embargo, aún debemos fijar el nivel de los gastos de defensa basándonos en lo que necesitamos para proteger nuestros intereses. Primero debemos tener una defensa fuerte, y después si podremos hablar de ahorro en este rubro.

Quisiera aclarar algo importante: el mundo cambia con rapidez. El que vemos hoy no será el mismo mundo que veremos mañana. Necesitamos estar listos para ajustar nuestras proyecciones de defensa a las amenazas que puedan crecer o decrecer a lo largo del camino.

Nuestras necesidades en materia de defensa durante la guerra fría eran muy claras; entonces se aceptaba que necesitábamos fuerza suficiente para disuadir un ataque nuclear soviético, para defender a Europa de una ofensiva convencional y para proteger otros intereses norteamericanos, principalmente en el noreste de Asia y en el Golfo Pérsico. El desastre de la Unión Soviética acabó con el consenso dejándonos sin un claro punto de referencia en cuanto al tamaño o composición de las fuerzas armadas. De cualquier forma, un nuevo consenso está emergiendo en torno a la naturaleza de la seguridad en la posguerra fría, el cual asume que entre las más grandes amenazas que enfrentaremos en los próximos años se cuentan las siguientes: la ola de desorden en la antigua Unión Soviética, que puede llevar a conflictos armados entre las repúblicas o al ascenso de un régimen nacionalista y agresivo en una Rusia que posee aún armamento nuclear de largo alcance; la difusión de armas nucleares, químicas y biológicas de destrucción masiva, así como de los métodos de su intercambio; el recrudecimiento de las tensiones en varias regiones, especialmente en la península coreana y en el Oriente Medio, y los crecientes riesgos de ataques terroristas a norteamericanos trabajando o viajando en ultramar; y, finalmente, la intensidad de las luchas étnicas y de la violencia separatista en las fronteras, tal como se ha visto en la antigua Yugoslavia, en la India y en otros lugares, las cuales podrían contagiar a sus vecinos.

Para desafiar estos nuevos retos necesitamos reemplazar nuestra estructura militar de guerra fría por una combinación menor y más flexible que incluya:

— Disuasión nuclear: podemos reducir drásticamente el arsenal nuclear a través de negociaciones y otras acciones recíprocas. Sin embargo, es necesario conservar un mínimo irreductible de fuerza nuclear para sortear cualquier riesgo posible.

— Despliegue rápido: se necesita una fuerza capaz de proyectar su poder ágilmente cuando y donde se requiera. Esto significa que la Armada debe desarrollar una combinación móvil de fuerzas. La Fuerza Aérea debe enfatizar en poderío táctico y la Marina y Fuerza Naval en fuerzas anfíbias.

— Tecnología: en la guerra del Golfo se comprobó que el entrenamiento superior de nuestros soldados, el poderío táctico aéreo, las comunicaciones avanzadas y las armas de inteligencia produjeron una guerra más breve y con menos bajas de la parte norteamericana. Es preciso mantener nuestra ventaja tecnológica.

— Mejor inteligencia: en una era de peligros impredecibles nuestras agencias de inteligencia deben salir del ámbito meramente militar y llegar a un entendimiento más sofisticado de las condiciones políticas, económicas y culturales que puedan encender conflictos. Para alcanzar esta capacidad yo me propongo reestructurar las fuerzas en cierta forma. Por un lado, ahora que la carrera armamentista nuclear ha revertido su curso, es hora de disminuir la modernización estratégica. Detener la producción del bombardero B-52 podría ahorrar por sí solo entre US\$15 y US\$20 billones para 1997.

Desde que Ronald Reagan lanzó su propuesta de la *guerra de las galaxias*, Estados Unidos ha gastado US\$26 billones en la fútil persecución de una defensa a toda prueba contra un ataque nuclear. Los demócratas en el Congreso han recomendado un objetivo mucho más realista: defendernos contra despegues limitados o accidentales de misiles balísticos. Esto permitiría proceder con R&D en defensa de misiles dentro del marco del tratado ABM —un prudente paso cuando más y más países adquieren tecnología nuclear—. Al mismo tiempo debemos hacer un esfuerzo mayor para detener la difusión de armas de destrucción masiva. Debemos ser más severos con los países y compañías que venden esta tecnología, castigando a quienes violen las normas competentes y trabajando urgentemente con todos los países para lograr acuerdos internacionales más drásticos y obligatorios de no proliferación.

Aunque el plan republicano reducía efectivamente la estructura convencional, creo que es necesario llegar aún más lejos sin minar nuestras capacidades. Podemos cumplir con las obligaciones en Europa con un máximo de cien mil hombres, especialmente ahora que las ex repúblicas soviéticas han retirado las fuerzas del Ejército Rojo. Podemos defender las costas y proyectar fuerza con diez cargueros tanto como con doce. Sin embargo debemos conservar algunas tropas en el noreste de Asia mientras Corea del Norte siga siendo una amenaza para nuestro aliado surcoreano.

Para elevar el grado de las fuerzas convencionales se necesita desarrollar una mayor capacidad marítima y aérea, incluyendo la producción del transporte C-17. Pero hay que suprimir o reducir los programas encaminados a encarar la amenaza soviética. Los programas convencionales, como el nuevo avión de combate o los nuevos sistemas blindados del Ejército, deben ser rediseñados para enfrentar problemas a nivel regional.

El acuerdo sobre presupuesto de 1990 pedía un recorte de 21% en el gasto militar hasta 1995, basados en la suposición, ahora obsoleta, que la Unión Soviética se conservaría intacta. Con el colapso de ese país, podemos recortar los gastos de defensa en aproximadamente una tercera parte para 1997. Basado en cálculos de la Oficina de Presupuestos del Congreso, mi plan traerá ahorros acumulativos de hasta US\$100 billones por debajo del acuerdo presupuestario. Si las tendencias políticas y militares favorables

continúan y hay un progreso en el control de armamento, Estados Unidos podrá disminuir más aún sus gastos de defensa para finales de la década.

Como sea, no podemos comprometernos ahora para recortes mayores dentro de algunos años. El mundo cambia rápidamente y debemos retener nuestra capacidad de reacción frente a riesgos potenciales. Tampoco podemos olvidar a la gente cuya vida se altera cuando el recorte de defensa es muy profundo. El gobierno tiene que cuidar de sus trabajadores de la defensa y de las comunidades en que viven. Es necesario insistir en las notificaciones anteriores y planes de ayuda a la comunidad para la transición de una economía de defensa a una doméstica. El 31% de nuestros ingenieros graduados trabajan para la industria de la defensa. Estos y otros trabajadores altamente capacitados son un recurso vital en una época en la que nuestra ventaja tecnológica debe ser más amplia que nunca. He abogado por una nueva agencia de investigación —una especie de DARPA civil— que reúna para fines comerciales el ingenio de los científicos e ingenieros que han diseñado maravillas en el campo de batalla.

De igual forma, aquellos que han servido al país en uniforme no pueden ser arrojados al mercado laboral. Debemos enlistarlos para que nos ayuden a resolver los problemas internos. Ofreciéndoles retiros tempranos, limitando el reenlistamiento y reduciendo el ritmo de reclutamiento podemos disminuir las fuerzas de manera gradual y sin abandonar gente de probada competencia. Nuestros uniformados están entre los más capacitados en las áreas que requerimos. Es necesario transferir esos recursos humanos a una fuerza de trabajo, e incluso a las escuelas, utilizando en parte centros de reserva y bases cerradas para programas de educación y entrenamiento de la comunidad.

La política de defensa que he descrito mantiene fuerte a Estados Unidos, a la vez que supone un ahorro sustancial. Los norteamericanos han ganado esta paz después de cuarenta años de vigilancia y sacrificio, además de una inversión de trillones de dólares. Tienen derecho a que los dividendos sean reinvertidos en su futuro.

Finalmente, Estados Unidos necesita alcanzar un nuevo acuerdo con sus aliados para compartir los costos y riesgos de mantener la paz. Mientras que por una parte la operación *Tormenta del Desierto* fue un precedente importante en la división de gastos de defensa, por otra fueron nuestras fuerzas las que más combatieron y murieron. Es preciso ampliar esa coalición de la que hacemos parte. En el Golfo Pérsico, Namibia, Cambodia, Croacia, Eslovenia y otros lugares en años recientes, las Naciones Unidas han empezado a desempeñar el rol que Franklin Roosevelt y Harry Truman predijeron. Hay que tomar el liderazgo ahora para hacer real su visión expandiendo el Consejo de Seguridad y hacer miembros permanentes a Japón y Alemania; seguir presionando para obtener una mayor eficiencia en la administración y explorando vías para institucionalizar los mecanismos que se revelaron exitosos en la movilización internacional de la operación *Tormenta del Desierto*.

Una propuesta que vale la pena explorar es la de crear una fuerza de disuasión rápida en las Naciones Unidas para propósitos que vayan más allá de la conservación tradicional de la paz, tales como montar guardia en las fronteras de países amenazados por la agresión, prevenir ataques a la

población civil, dar ayuda humanitaria y combatir el terrorismo y el tráfico de estupefacientes.

En Europa, nuevos acuerdos de seguridad evolucionarán en la próxima década. Mientras insistimos en un justo reparto de los gastos de defensa, sabemos que no debemos dar la espalda a la OTAN. Hasta que un sistema de seguridad más eficiente surja, no debemos dar a nuestros aliados motivos para dudar de nuestra constancia.

### *Promoción de la democracia en todo el mundo*

AL TIEMPO QUE RESTRUCTURAMOS NUESTRAS FUERZAS militares, debemos reforzar el movimiento mundial en pos de la democracia. La política exterior no debe divorciarse de los principios morales que la mayoría de norteamericanos comparte. Es imposible dejar de ver la manera como otros gobiernos tratan a su pueblo, así sus instituciones sean democráticas o represivas y así combatan o animen conductas ilegales más allá de sus fronteras. Esto no significa que debemos tratar sólo con democracias o que deberíamos hacer un mundo a nuestra imagen y semejanza. De cualquier forma, las recientes experiencias de Panamá, Irán e Irak muestran el peligro de forjar relaciones estratégicas con regímenes despóticos.

Es de nuestra incumbencia el cómo se gobiernen a sí mismos los demás países. Las democracias no pelean entre sí. Los franceses y británicos tienen armas nucleares, pero no tememos que nos aniquilen. Las democracias no patrocinan actos terroristas en contra de otros. Más frecuentemente son socias comerciales, protectoras del medio ambiente y obedientes frente al derecho internacional. A través del tiempo la democracia es una fuerza estabilizadora y promueve medios no violentos de solución de controversias. Además, la democracia es más eficiente en la protección de minorías étnicas, religiosas, etc. e, indudablemente, las elecciones son el mejor medio para resolver luchas fratricidas.

Han sido manifiestos los titubeos de la administración republicana cuando las fuerzas democráticas han necesitado nuestro apoyo al ser desafiado el *statu quo*. Creo que erró cuando envió secretamente una comisión de relaciones cordiales con China apenas un mes después de la masacre en la plaza de Tiananmen; cuando despreció a Yeltsin después del golpe de Moscú; cuando desalentó las aspiraciones de Ucrania, Croacia y Eslovenia sobre su deseo de independencia y autodeterminación, y cuando se rehusó, en un principio, a ayudar a los kurdos.

No podemos seguir mimando a China mientras se niega a ejecutar reformas democráticas, subyuga brutalmente al Tibet, exporta irresponsablemente tecnología nuclear, apoya al homicida Khmer Rojo en Cambodia y mantiene prácticas comerciales abusivas. Soportar semejante situación por nuestra parte pudo haber tenido sentido durante la guerra fría, cuando China era un importante contrapeso al poderío soviético. Ahora no resulta lógico jugar la carta china, ya que los contendores se han retirado de la partida.

En el Oriente Medio, el gobierno Bush tiene el crédito de haber hecho sentar a árabes e israelíes en la mesa de negociaciones, pero erró cuando

usó tácticas de presión públicas en contra de Israel. En el proceso se crearon expectativas en los árabes en cuanto a concesiones por parte de Israel, alimentándose el temor israelí de que sus intereses serían sacrificados a una solución impuesta por Estados Unidos.

Debemos recordar que aun si el problema árabe-israelí se resolviera mañana, seguirían existiendo motivos para un conflicto en la región: antiguos odios étnicos y religiosos; el control del agua y el petróleo, envidias, falta de instituciones democráticas, amén de las ambiciones territoriales de Irak y Siria. Tenemos que pagar un precio altísimo por las anteriores deferencias de Reagan y Bush con Saddam Hussein. Hoy debemos tratar con Hafez Assad, pero no podemos ignorar su tiránica dominación en el Líbano.

Necesitamos una política más amplia en el Oriente Medio que limite el flujo de armas en la región, así como de los materiales necesarios para desarrollar y comerciar armas de destrucción masiva. Tal política deberá promover la democracia y los derechos humanos y preservar nuestra relación estratégica con la única democracia de la zona: Israel.

En África, de igual forma, es necesario alinearnos con la ola democrática. El referendo en Sudáfrica fue una victoria histórica —uno de esos raros momentos en los que un pueblo reúne el coraje suficiente para romper con el pasado e imponer un cambio fundamental—. Hoy en día es preciso concentrar nuestra atención en asegurar que el proceso hacia el desmantelamiento de la política del *apartheid* y la construcción de una sociedad abierta sea irreversible. Debemos hacer lo posible para terminar con la violencia que ha azotado los pueblos sudafricanos apoyando las estructuras locales que buscan mediar en estas disputas e insistiendo en que el gobierno de este país utilice el mandato que ha recibido en el referendo para perseguir a los instigadores de la violencia con la misma saña que cuando perseguía a los líderes del movimiento antiapartheid. Estados Unidos sólo debe relajar las sanciones existentes cuando la democracia y la garantía de derechos individuales sean una realidad. Cuando llegue ese día deberemos, igualmente, estar listos para extender la asistencia para asegurar que la democracia, una vez ganada, no se perderá.

Una política internacional norteamericana para alcanzar la democracia unirá nuestros valores e intereses. Tal política debe incluir varios pasos. Primero, hay que responder con más fuerza a uno de los más grandes retos de nuestra época: la necesidad de ayudar al pueblo de la ex Unión Soviética a desmilitarizar su sociedad y construir instituciones políticas y económicas libres. El Congreso pasó una ley para dar US\$500 millones como ayuda a los ex soviéticos para la destrucción de armas nucleares y como aporte humanitario. Podríamos hacerlo mejor. Como han argüido el senador Sam Nunn y el representante Lee Aspin, debemos sacar dinero de planes militares marginales para dirigirlos a este punto clave para nuestra seguridad futura. Además, conjuntamente con nuestros socios del G-7, podemos dotar a las antiguas repúblicas soviéticas de los alimentos y la ayuda médica necesarios para sobrevivir mientras inician el arduo camino de las reformas. Es preciso hacer todo lo que sea necesario para coordinar esfuerzos de ayuda

con los aliados y dar la mejor asistencia médica que sea posible para distribuir alimentos y ayuda.

Ningún asunto de seguridad nacional es tan importante como la cuestión sobre quién controlará las armas nucleares y la tecnología de la antigua Unión Soviética. Esas armas constituyen una amenaza para la seguridad de los norteamericanos, para nuestros aliados y para las propias repúblicas. Cooperar es algo que debemos a quienes derrotaron al comunismo y a nosotros mismos. Una pequeña cantidad empleada hoy en estabilizar las democracias emergentes en el antiguo imperio soviético reducirá por mucho lo que tendríamos que gastar en el futuro en defensa. Nos conduciría a la creación de nuevos y lucrativos mercados, que significarían más empleo para los norteamericanos. Habiendo ganado la guerra fría, debemos ganar ahora la paz.

De otro lado, tenemos que trabajar más estrechamente con la nueva república independiente de Ucrania, así como con las demás repúblicas que persiguen reformas democráticas. Hay que vincular la ayuda no humanitaria, tanto de Estados Unidos como de Occidente en general, a acuerdos con las repúblicas que demuestren responsabilidad en lo referente a armamento nuclear, desmilitarización de sus economías, respeto a los derechos de las minorías y reformas políticas y de mercado.

Estados Unidos debe usar su nivel diplomático y económico para incrementar los incentivos materiales para la democratización y elevar los costos para aquellos que no deseen hacerlo. Tenemos pleno derecho a condicionar nuestra ayuda sobre la base de un progreso demostrable hacia la democracia y hacia reformas de mercado. En casos extremos, como el de China, debemos condicionar términos de intercambio favorables en cuanto a liberalización política y conducta internacional responsable.

Estados Unidos necesita apoyar igualmente estructuras institucionales favorables a países en conflicto debido a la transición a la democracia y al mercado libre, como es el caso del nuevo Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo, cuya misión es rehacer las sociedades de Europa Central y del Este. También creemos positivo alentar a la CE a abrir sus puertas a estas sociedades creando un *status* de asociados que implique algunos de los privilegios de la membresía.

Adicionalmente, debemos animar la inversión privada norteamericana en la ex Unión Soviética. Estas repúblicas son ricas en recursos, tanto humanos como naturales. Un día éstas, junto con Europa del Este, serán importantes mercados para nosotros. Debemos considerar el dinero para la asistencia democrática como una parte legítima del presupuesto nacional de seguridad. Hay que apoyar grupos como el *National Endowment for Democracy*, que trabaja en la promoción del pluralismo democrático y la libertad de mercados. Yo alentaría tanto a la Agencia Internacional de Desarrollo como a la Agencia Americana de Información a canalizar más de sus recursos hacia la promoción de la democracia. Y así como Radio Europa Libre y la Voz de América ayudaron a difundir la verdad en los pueblos de tales sociedades, deberíamos crear Radio Asia Libre para llevar noticias y esperanza a China y a otros lugares de la región.

Finalmente, así como el presidente Kennedy creó los Cuerpos de Paz hace treinta años, deberíamos crear unos Cuerpos Democráticos que enviarían cientos de voluntarios norteamericanos a países que necesitan de su experiencia en aspectos legales, financieros y políticos.

### *Reestructuración del liderazgo económico norteamericano*

NUESTRO TERCER DESAFÍO ES AYUDAR a conducir al mundo hacia una nueva era de crecimiento a nivel global. Cualquier gobernante que haya tratado de crear empleos en la última década sabe que la experiencia en economía internacional es esencial y que el éxito en la economía mundial es el substrato de la seguridad nacional en los 90. Sin crecimiento, nuestra propia economía no puede prosperar. La exportación de bienes y servicios norteamericanos fue de alrededor de medio trillón de dólares en 1991 —cerca del 10% de nuestra economía—. Sin crecimiento global, la sana competencia internacional se convierte rápidamente en guerra económica y allí no puede haber verdadero equilibrio entre las naciones.

Pienso que las negociaciones sobre un sistema comercial abierto en el GATT son de extraordinaria importancia, y apoyo el Tratado Norteamericano de Libre Comercio mientras sea justo con los trabajadores y campesinos norteamericanos, proteja el medio ambiente y conserve un estándar laboral decente. Un comercio más libre significa más trabajos a nivel doméstico. Cada billón de dólares en exportaciones genera entre 20.000 y 30.000 empleos extras. Hay que encontrar los medios para ayudar a las naciones en vías de desarrollo a superar la crisis de la deuda, la cual ha debilitado su capacidad de comprar bienes norteamericanos, y probablemente nos cueste unos 1.5 millones de empleos.

Debemos ser fuertes internamente para dirigir y mantener el crecimiento global. Nuestra debilidad doméstica ha causado preocupación entre competidores, dado nuestro rechazo a establecer una estrategia económica nacional tendiente a la reconquista del liderazgo económico y a dar nuevas oportunidades a la clase media. ¿Cómo podríamos ser líderes cuando hemos pasado de ser los mayores prestamistas mundiales a ser los mayores deudores, debiendo al mundo más de US\$400 billones? Si dependemos de los extranjeros en US\$100 millones con un año de financiación, no somos dueños de nuestro destino.

Hay que reconstruir la grandeza económica de nuestra nación, ya que la labor de restituir la ventaja competitiva empieza en casa. Mi compromiso es forjar la mejor educada y entrenada fuerza de trabajo en el mundo y poner el presupuesto nacional al servicio de programas que hagan de Estados Unidos un país más rico, en vez de un país más endeudado, como ha sido el caso del legado republicano.

La fuerza económica debe convertirse en un elemento central de la política de seguridad nacional. Debemos organizarnos para competir y ganar en la economía mundial. Necesitamos un compromiso mutuo de los empresarios y los trabajadores para producir bienes de primer orden a nivel mundial. Debemos estar preparados para ceder beneficios en el corto plazo —ya

sea en declaraciones de utilidades trimestrales o con reglas de trabajo arcaicas— con el fin de alcanzar beneficios en el largo plazo.

El sector privado debe conservar la iniciativa, pero el gobierno juega un papel fundamental. Un reporte reciente del Departamento de Comercio es un llamado de atención sobre el rezago tecnológico que estamos sufriendo frente a nuestros competidores en Europa y Japón, factor definitivo desde el punto de vista de los niveles de remuneración en el futuro —en áreas tales como materiales avanzados, biotecnología, superconductores y manufacturas integradas por computador—.

Sugiero la creación de una agencia civil de investigación de proyectos que trabaje conjuntamente con el sector privado para que sus prioridades no sean fijadas solamente por el gobierno. Tenemos cientos de laboratorios con extraordinario talento que han colocado a Estados Unidos a la delantera en tecnología militar. Debemos reorientar esa misión trabajando con compañías privadas y con universidades para desarrollar la tecnología que contribuirá a mejorar nuestras vidas y a crear empleos en el futuro.

No hay un número suficiente de compañías involucradas en el sector exportador —tan sólo 15% de nuestras empresas participan con el 85% de las exportaciones—. Tenemos que hacer frente a los esfuerzos de nuestros competidores en cuanto a las ayudas a la pequeña y mediana industria para identificar y ganar mercados internacionales. Es aún más importante que el gobierno asegure una competencia internacional justa insistiendo ante nuestros socios comerciales para que cumplan con las reglas de un sistema abierto de comercio.

No hay ninguna relación bilateral más importante que la que tenemos con Japón, una relación que ha madurado de la dependencia en los 50 a la de socios hoy en día. Dicha relación se encuentra basada en lazos de democracia, pero al tiempo que cooperamos, competimos. Y la madurez de nuestros nexos permite insistir en el juego limpio. Mientras ponemos la casa en orden, los japoneses deben abrir la puerta de la suya, o nuestra sociedad se verá en peligro, con las consiguientes consecuencias para todo el mundo.

Debemos entender que nuestra seguridad nacional es en gran parte económica. El éxito de nuestro enganche en el mundo depende no de los títulos que dé a los políticos de Washington, sino de los beneficios que traiga a la clase trabajadora norteamericana. Nuestra política internacional no lo es tanto. Cuando las emisiones de gas de las naciones desarrolladas calientan la atmósfera y las emisiones de CFC acaban con la capa de ozono, nuestras playas, granjas y nuestro pueblo están amenazados. Cuando la droga entra a nuestro país procedente de Sudamérica y Asia, nuestras ciudades sufren y nuestros hijos son puestos en peligro. Cuando un terrorista libio pone una bomba en un aeropuerto en Europa matando a cientos de personas, nuestra libertad se ve disminuida y nuestro pueblo vive en el temor.

Ya no podemos definir la seguridad nacional dentro del estrecho marco militar de la época de guerra fría. No podemos mantener políticas internas e internacionales. Hay que perseguir políticas nacionales que suplan las necesidades del pueblo uniéndonos internamente y restaurando la grandeza de

Estados Unidos en el mundo. Para liderar en el extranjero, un presidente de Estados Unidos debe primero liderar en casa.

Haec medio siglo el país emerge victorioso de una guerra destructiva hacia una nueva era de grandes desafíos. Era una época de cambio, una época para un nuevo pensamiento, una época para trabajar juntos en la construcción de un mundo libre y próspero. Después de la guerra el presidente Harry Truman y sus sucesores forjaron un consenso bipartito en Estados Unidos, que trajo seguridad y prosperidad durante veinte años. Hoy necesitamos un presidente, un público y una política que no estén atrapados en las guerras del pasado —no en la Segunda Guerra Mundial, ni tampoco en la guerra fría—. Como he dicho en otras ocasiones, en 1992 no se elegía al último presidente del siglo XX sino al primer presidente del siglo XXI.

En la primavera de 1991, cuando las tropas regresaron del Golfo Pérsico, más de cien mil personas participaron en el desfile de bienvenida en *Little Rock*. Vinieron veteranos de Arkansas —no sólo los que llegaron del Golfo, sino hombres y mujeres que habían luchado en la Segunda Guerra Mundial, y en Corea y Vietnam—. Jamás olvidaré la emoción que sentí al verlos marchar por las calles y al ver los veteranos de Vietnam recibiendo finalmente los honores que tanto habían merecido. Las divisiones con las que habíamos convivido por las dos últimas décadas parecían desaparecer en medio de las expresiones de triunfo y gratitud.

Este es el espíritu que necesitamos en esta nueva era. Como dijo el presidente Lincoln al Congreso en 1862: "Los dogmas del pasado son inadecuados para el tormentoso presente. La ocasión se yergue con dificultad, y debemos elevarnos con ella. Como nuestro desafío es nuevo, debemos pensar con novedad y actuar con novedad. Debemos liberarnos, y después podremos salvar nuestro país. Queridos ciudadanos, no podemos escapar de la historia".